

« miento de la vicisitud de los imperios; limitaos á
 « cubrir esos mosaicos con una capa de cal para que
 « no escandalicen á los creyentes, pero no arran-
 « queis de la bóveda esas maravillosas incrustacio-
 « nes; ¿quién sabe si un día no las descubrirán en
 « otro cambio de fortuna y de destino que sufra este
 « templo? »

Los italianos y los griegos de la córte de este príncipe que traen estas palabras, añaden que la religion de Mahomet II, alterada en él por una educacion sabia y cosmopolita, profesaba tanto desden por el fanatismo de sus dervises, como por las supersticiones del cristianismo griego.

El iman predicó en el púlpito del patriarca, y celebró la oracion de accion de gracias, el *Te Deum* otomano, sobre aquel mismo altar donde el infortunado Constantino habia visto celebrar por la mañana los misterios de su fé y las exequias de su propia muerte.

Mahomet al salir de Santa Sofia mandó que le llevarán al palacio de Blakernes para instalarse en él con su imperio. La soledad y tristeza de aquel palacio que cambiaba de amo en menos de un día, conmovió y enterneció el alma embriagada, pero medita-bunda del conquistador afortunado. El triunfo no le ocultó el luto del palacio; la sombra de Constantino, cuyo paradero era todavía desconocido, llenaba aque-

llos pórticos, aquellos salones y aquel trono vacios. Mahomet II recordó algunos versos persas de un acento melancólico, al aspecto de aquel monumento de las inconstancias de la suerte.

« La araña, murmuró poniendo el pié en el um-
 «bral, teje su tela en la morada de los reyes, y el
 « mochuelo nocturno ha entristecido con sus chilli-
 « dos siniestros las torres de Afraziab. »

Escipion, al entrar en Cartago, habia recitado tam-bien un dístico de Homero sobre la ruina de Troya. Los poetas son los intérpretes de los héroes.

XXXVIII

Su primer pensamiento al entrar en el palacio de Blakernes, fué el de mandar buscar el cuerpo del infortunado Constantino, cuyo heroismo habia engran-decido á sus ojos su propia gloria. Buscáronle en efecto entre los montones de muertos que obstruian las avenidas de la puerta de San Roman; su cabeza habia sido cortada por los vencedores, y solo pudie-ron reconocerle en las dos águilas de oro que lle-vaba bordadas en los borceguies. Dos genizaros se

disputaban la gloria de haberle combatido é inmolado á sablazos. Los griegos esclavos lloraron al ver pasar el cuerpo de su emperador, y los turcos respetaron en él la doble majestad del infortunio y del heroísmo. Mahomet II mandó que se le hicieran los honores de una sepultura cristiana é imperial. Si no habia podido salvar el imperio, á lo menos pudo comprar su tumba.

Con la noche cesaron el saqueo y el desorden. Aquellos habitantes que no habian sido llevados por los soldados á bordo de la flota, quedaron en sus casas bajo la salvaguardia del ultraje. Volviéronse á presentar los grandes personajes de la córte y del senado, ocultos ó refugiados en Gálata. Mahomet mandó que trajeran al palacio al gran duque almirante, y primer oficial del imperio Notaras, que gobernaba casi imperialmente en tiempo de los últimos emperadores, y cuyas riquezas igualaban á las de su soberano. Notaras descubrió á Mahomet II los tesoros del imperio escondidos en el palacio de Blakernes.

« ¿ Y porqué, le dijo en griego el sultan, no habeis empleado esos montones de oro en servir á vuestro desgraciado amo ? »

— « Os pertenecian ya en mi pensamiento, y los conservaba para vos, respondió el astuto adulator ; « Dios os los guardaba.

— « Si Dios me los guardaba, repuso Mahomet « con la indignacion del desprecio, ¿ porqué pues habeis tenido la audacia de conservarlos durante « tanto tiempo, y de resistir al que mirabais como su « poseedor ? »

Notaras atribuyó la resistencia de la ciudad al inflexible heroísmo de Constantino, y al ascendiente de las tropas extranjeras sobre la capital. Mahomet encontrándole demasiado vil para temerle, y queriendo tranquilizar por medio de él á los nobles del imperio, le devolvió la libertad y le envió con una escolta de honor á su palacio. Además rescató al mismo tiempo de sus soldados á todos los prisioneros ilustres por su nacimiento, su categoría y riquezas en la capital, y los cubrió con su proteccion, lo mismo que á los miembros del clero y á los frailes célebres por su virtud ó por su ciencia. Constantinopla bendijo algunos dias la generosidad del vencedor.

A la otra mañana de su entrada triunfal, salió á caballo del palacio, recorrió la ciudad con una comitiva poco numerosa, y fué á visitar á la princesa casada con el gran duque Notaras, que estaba en cama con una enfermedad de peligro. Mahomet II habló respetuosamente con la princesa, que le presentó sus hijos.

Al pasar por la plaza de Augustion, mandó única-

mente que echaran abajo la estatua ecuestre de plata de Justiniano, que tenia en la mano el globo coronado con una cruz, y que se hallaba sobre una columna de pórfido.

Por burla echaron á rodar las cabezas de los principales compañeros de Constantino que murieron en el asalto, bajo los piés del caballo del sultan, en alusion irónica á este deseo de los orientales : « ¡ Que « las cabezas de tus enemigos rueden á los piés de « tu caballo ! »

XXXIX

Pero poco despues , si hemos de dar crédito á los historiadores griegos, Mahomet II, imitando la orgía de Alejandro en Persépolis, perdió en algunos dias en las fiestas de su propia victoria, la magnanimidad y la moderacion que habia mostrado despues del asalto. Ébrio con el vino que los coperos le prodigaron en un festin, envió á buscar para una brutalidad odiosa, al mas jóven de los hijos de Notaras, y como este se negara con indignacion á entregar su hijo á los ultrajes del vencedor, fué arrancado de su

casa con Cantacuzeno y sus demás hijos, condenados todos á morir con él. Notaras recobrando valor por la desesperacion que le animaba, exhortó á sus hijos á la muerte y concluyó invocando la venganza del Dios justo sobre la cabeza de su verdugo. Los cuerpos de los ajusticiados fueron arrastrados ignominiosamente por la calle, y sus cabezas que llevaron sobre la mesa del festin, saciaron los ojos ébrios de Mahomet. Sin embargo salvó la vida al hijo menor del gran duque. Aquella misma noche, cediendo á los ruegos de una hermosa extranjera á quien amaba y que queria vengarse de los griegos, mandó degollar al pié de la columna de Arcadio á todos los nobles á quienes habia perdonado la vida el dia ántes, lo mismo que al enviado de Venecia y al de España con sus hijos.

Pero otros historiadores, aun de los mismos griegos, justifican á Mahomet II de aquellos delirios, confesando que Notaras y los nobles decapitados con él habian tramado ya con aquellos enviados extranjeros el dirigir un llamamiento á la cruzada europea contra Mahomet, y achacan aquellos suplicios, no al estravío de la bebida, sino al justo resentimiento del sultan recompensado de lo generoso que habia sido con Notaras, por la ingratitud y la perfidia.

El gran maestre de ceremonias Franzes, amigo y

compañero de guerra de Constantino hasta en la brecha de la puerta San Roman, cayó bajo el poder del comandante general de la caballería otomana, y fué enviado como esclavo á los prados que su amo poseia en el fondo del Asia Menor, aunque le trataron con los respetos debidos á su edad y gerarquía. Cuatro meses despues del sitio le permitieron volver á Andrinópolis, para ajustar el precio de su libertad. Sin embargo, no pudo rescatar tambien á su hijo y á su hija de tierna edad, que le tocaron al mismo Mahomet. Su hija murió en el haren, y su hijo, de edad de quince años, fué muerto á puñaladas, dicen que por el mismo sultan, por haber preferido la muerte á la corrupcion. Sea que estos atentados sanguinarios envilezcan las costumbres del conquistador de Constantinopla, sea que estos rumores que con dificultad se escapan de los misterios del serrallo pudieran ser la venganza de los vencidos, Franzes refugiado en Venecia los acredita en las narraciones de su vejez con una imparcialidad y una moderacion, que si no prueban el crimen, atestiguan á lo menos la buena fé.

Esas orgías y delirios están muy en contradiccion con la prevision y la tolerancia de la política de Mahomet, para que puedan ser creidos por la palabra de algunos proscriptos justamente irritados por la

pérdida de su patria y de sus familias. « Semejantes « testimonios, dice M. de Salabery, no bastan para « acriminar la memoria de un príncipe cuyos actos « todos desmienten el crimen de la muerte de Notaras. Notaras conspiraba; la clemencia y generosidad de Mahomet, hijas quizás de su política, no « admiten la menor duda. »

El quinto dia despues de la conquista, el sultan consagró con un acto auténtico, la libertad de conciencia que el Coran acordaba á los vencidos; no tomó para los musulmanes mas que la mitad de las iglesias de Constantinopla, dejando la otra mitad á los cristianos. En vez de perseguir ó aun de despreciar el culto opuesto al suyo, pero que se hizo de derecho para la parte aquella de sus súbditos que quisieran continuar practicándole, le dió todos los honores que daba á su propia fe, con una afectacion de respeto tan justo como político. El patriarca Genadius, que fué llevado en pompa al palacio de Blakernes, revestido con sus insignias pontificales, recibió del sultan, en medio del séquito de sus sacerdotes, la investidura del patriarcado.

« Quiero ejercer con los cristianos y su pontífice, « le dijo Mahomet, los mismos derechos y la misma « proteccion, que antes de mi reinado ejercieron « vuestros emperadores. »

Sentado en su trono, el sultán entregó al patriarca el báculo pastoral y la corona, señales de su autoridad espiritual. Después de aquella ceremonia, Mahomet sin parar su atención en las murmuraciones de sus dervises, tomó ante Gennadius la actitud de la deferencia y casi de la inferioridad del poder humano sobre el poder divino; acompañó al patriarca hasta la puerta exterior del palacio, le presentó un caballo con caparazón de oro y pedrerías, le ayudó á montar en él, y dió algunos pasos llevando en la mano las riendas del caballo. Los visires, los bajás, el aga de los genizaros y una numerosa comitiva de guardias, escoltaron al patriarca hasta el palacio que le habia mandado disponer Mahomet. La igual repartición de las mezquitas y de las iglesias se hizo á gusto de ambas religiones. El sultán asistió á las pompas de las ceremonias y de las procesiones cristianas, no como un fiel, sino como un soberano imparcial de ambos cultos que en adelante habian de dividirse las creencias de su pueblo.

Los griegos sorprendidos por una tolerancia que ellos no tenian entre sí en sus sectas respectivas, alzaron al cielo las bendiciones á Mahomet, que alarmado con lo que habian despoblado la capital los asaltos, la esclavitud y la fuga, llamó por medio de caricias y de amenazas á los fugitivos de todas las

provincias de Europa y de Asia. Todos aquellos que no habian huido á Italia á bordo de los buques venecianos, ó que no debian permanecer cautivos por la voluntad de sus amos, volvieron á la voz de un conquistador que les devolvía no el imperio, pero sí la religión y la patria. En pocos meses Constantinopla tenia dentro de sus muros mas griegos que otomanos.

Sin embargo, el sultán pensaba en fijar allí la residencia del imperio. Un ejército de mineros, de arquitectos y de trabajadores, terraplenó por sus órdenes el espacio de ocho estadios que ántes ocupaba la Acrópolis, á la extremidad de la lengua del continente donde están las siete colinas, que va á morir en el Bósforo, y que llaman hoy la punta del serrallo. En ese sitio, un poco alto á la mitad y cerrado por una alta muralla del lado de la ciudad para resguardarle de las sediciones y tumultos imprevistos de una capital tan grande, que se inclina en una cuesta suave por los otros lados sobre el mar de Mármara hácia la embocadura del Bósforo, y por último hácia el Cuerno de Oro, en ese sitio, decimos, elevó Mahomet II los primeros palacios que forman el serrallo, ese Versalles de los otomanos.

Ningun lugar en el mundo fué nunca mas propio para llegar á ser el pedestal de una monarquía imponente.

Respaldado contra la antigua capital del imperio romano, que con desprecio parece dejarla que se entierre bajo sus monumentos ruinosos, y entre sus vanas murallas, domina desde lo alto de sus kioscos el horizonte limitado por el Olimpo del Asia Menor. Sus caminos que son el mar brillante del Propóntide, los Dardanelos, el canal de Tracia, el mar Negro y el Euxino, tres mares que reúnen sus aguas en la rada profunda y límpida del Cuerno de Oro, para formar un lago interior; las verdes colinas de la Europa que le abrigan de los vientos del Norte; las rocas, las ruinas, los bosques, los castillos del Bósforo que conducen allí por tortuosos rodeos las miradas, de aldea en aldea, ó de soledad en soledad, hasta la sombría embocadura del mar Negro, ese otro Mediterráneo interior de los otomanos; los plátanos y los cipreses majestuosos de los jardines que cortan con sus sombras los minaretes de las mezquitas y la techumbre medio velada de esos palacios del misterio; las bulliciosas aguas del Syndacus ó de los acueductos de Justiniano que van de fuente en fuente atravesando la ciudad que riegan, y entran en los mil estanques de mármol de los jardines del haren, hasta que se estienden en anchas sábanas sobre las verdes praderas de césped que forman el cabo avanzado del serrallo, donde se oye continuamente el

murmullo de la espumosa confluencia de ambos mares que le acaricia con sus ondas, todo esto hacia y hace hoy de aquel lugar un sitio de fuerza, de silencio y de delicias donde Mahomet II cambió en palacios sus tiendas. Unicamente esos palacios conservan todavía alguna imágen de la gracia, la lijereza y la inestabilidad de la tienda. Construidos casi del todo con madera de cedro sobre cimientos de piedra, abiertos á las brisas de la tierra y de la mar como están abiertas las tiendas por colgaduras que se prenden á los lados de la puerta; levantados mas que edificados en medio de jardines y de grupos de árboles que recuerdan los prados del Asia; terminados por una infinidad de cúpulas que imitan los pliegues del lienzo, llenos de galerías, de celosías y enrejados, festoneados de arabescos en los que se enlazan las flores y las enredaderas de ambos climas... en esas construcciones se traslucia el campamento, la tribu, la vida pastoril, y se trasluce todavía el despotismo, la contemplacion y la voluptuosidad de las costumbres orientales. Cuando en nuestros dias se penetra en ese vasto recinto precedido de una larga calle de patios, de cuarteles, de tesoros guardados por el silencio y el terror del lugar ahora abandonado desde hace dos reinados, se pierde uno en un laberinto de palacios, de kioscos y de jardines con apartados para

las sultanas, tapiados y murados como claustros, donde el perfumado jazmin y los surtidores de agua de murmullo monótono, consolaron en otro tiempo los ojos y encantaron el oído de las odaliscas favoritas de los sucesores de Mahomet II. Una frondosa selva de abetos plantados entre el puerto y las paredes de aquellos edificios interiores, proyecta sus sombras sobre esos jardines invisibles.

Mahomet, después que hubo poblado de nuevo la ciudad, y cuando vió comenzadas esas construcciones del serrallo, se llevó su ejército á Andrinópolis cargado con los despojos del imperio romano. La flota llevó á Galípoli, á Mudania y á Tesalónica á los sesenta mil esclavos, cuyo rescate debía enriquecer á las tribus tártaras de la Armenia y de la Caramania. «Aquí, dijo uno de aquellos expatriados de la
«conquista, se veía un soldado vestido con los hábitos sacerdotales; otro llevaba perros del ramal que iban atados con un cinturón dorado de pontífice; este bebía vino en un cáliz; el otro comía en las patenas sagradas; una multitud de carros se llevaba á las provincias los muebles, las telas, las maderas, las vírgenes, los niños de la capital conquistada. Manadas de hombres atados de dos en dos, iban con las manadas de camellos, de bueyes y de caballos que los vencedores impelían lentamente
«hacia las montañas.»

Así acabó, después de mil años de esplendor, la última capital del imperio romano que se volvió la capital de un pueblo que ni aun de nombre conocían los romanos. El imperio se hallaba tan aniquilado ya antes de que la ciudad de Constantino quedara reducida á la nada, que apenas resonó en Europa el ruido de la caída de Constantinopla; de modo que los turcos pudieron saquear una de las ciudades madres del mundo cristiano, sin que el mundo cristiano se conmoviera de horror ó de lástima hacia ella. Los romanos gastaron la admiración, los griegos degenerados habían gastado el desprecio del universo. Solo un hombre protestaba contra la fortuna de los otomanos, y este hombre era un jefe de montañeses, desconocido del mundo, era Scander-Beg.

Pero volvamos al Epiro.